

CAPÍTULO XII.

MONSIEUR DE CHARNY.

Así que desapareció el rey, fueron á agruparse alrededor de la reina todos los príncipes y princesas que estaban en el salón.

El bailfo de Suffrén había hecho seña á su sobrino ordenándole que aguardase, y después de un saludo por parte de éste, indicando la obediencia, se quedó en el grupo donde le hemos visto.

La reina, que había cambiado con Andrea muchas ojeadas significativas, casi no perdía de vista al joven oficial, y cada vez que la miraba decía para sí:

— Es él, á no dudarlo.

Á lo que la señorita de Taverny respondía con una pantomima que no debía dejar ninguna duda á la reina, puesto que significaba:

— ¡Dios mío! señora, sí, él es; él es indudablemente.

Ya hemos dicho que Felipe observaba esta preocupación de la reina; la veía, y si no la causa, al menos penetraba su sentido vago.

Jamás el amante se engaña sobre la impresión de aquellos á quienes ama.

De consiguiente adivinaba que acababa de impresionar á la reina algún acontecimiento singular y misterioso, desconocido de todos excepto de ella y de Andrea.

En efecto, la reina había perdido su continente y buscado un refugio tras de su abanico, la reina, que de ordinario hacía bajar los ojos á todos.

Mientras que el joven se preguntaba en qué vendría á parar aquella preocupación de S. M., mientras trataba de sondear la fisonomía de los señores de Coigny y de Vaudreuil á fin de cerciorarse de si no tenían ninguna parte en aquel misterio, y los veía indiferentemente ocupados en hablar con el señor de Haga, que había ido á hacer su corte á Versalles, entró en el salón un personaje vestido del majestuoso traje de cardenal acompañado de oficiales y prelados.

La reina reconoció á M. Luis de Rohán, á quien vió desde un extremo del salón al otro, y al punto volvió á otro lado la cabeza sin tomarse siquiera el trabajo de ocultar su ceño.

El prelado atravesó toda la asamblea sin saludar á nadie, y se fué en derechura adonde estaba la reina, ante la cual se inclinó mucho más como un hombre de mundo que saluda á una mujer, que como un vasallo que saluda á una reina.

Luego dirigió un cumplimiento muy galante á S. M., quien apenas volvió la cabeza, murmuró dos ó tres palabras de un frío ceremonial y volvió á anudar su conversación con madama de Lamballe y madama de Polignac.

El príncipe Luis no dió muestras de percibir la mala acogida de la reina. Cumplió sus reverencias, se volvió sin

precipitación y con toda la gracia de un consumado cortesano, dirigiéndose á *madamas*, tías del rey, con quienes habló largo rato, puesto que en virtud de ese tira y afloja en uso en la corte, obtenía de ellas un recibimiento tan benévolo como glacial había sido el de la reina.

El cardenal Luis de Rohán era un hombre en la fuerza de la edad, de imponente figura y noble continente; sus facciones respiraban inteligencia y dulzura; tenía la boca fina y circunspecta; la mano admirable; su frente, un poco despoblada, revelaba el hombre de placeres ó el hombre de estudio, y en el príncipe de Rohán había en efecto uno y otro.

Era un hombre muy buscado por las mujeres que amaban la galantería sin insulsez y sin ruido, y se le citaba por su magnificencia; en efecto, había hallado el medio de creerse pobre con un millón y seiscientas mil libras de renta.

El rey le amaba porque era docto; la reina, por el contrario, le aborrecía.

Las razones de ese odio nunca se han conocido bien á fondo, pero pueden sostener dos especies de comentarios.

Primeramente, se decía que el príncipe Luis, como embajador en Viena, habría escrito al rey Luis XV acerca de María Teresa cartas llenas de ironía que María Antonieta no habría podido perdonar jamás á este diplomático.

Además, y esto es lo más humano y sobre todo lo más verosímil, el embajador, con motivo del matrimonio de la joven archiduquesa con el Delfín, habría escrito al rey Luis XV, quien habría leído en voz alta la carta en una cena en casa de madama Dubarry; habría escrito, decimos, ciertas particularidades hostiles al amor propio de la joven, muy delgada en aquella época.

Estos ataques habrían ofendido vivamente á María Antonieta, quien no podía reconocerse públicamente la víctima y se habría jurado castigar temprano ó tarde á su autor.

En eso había, como era natural, toda una intriga política.

La embajada de Viena se había retirado á M. de Breteuil en beneficio de M. de Rohán.

M. de Breteuil, demasiado débil para luchar abiertamente contra el príncipe, empleó entonces lo que en diplomacia se llama destreza, se proporcionó las copias ó aun los originales de las cartas del prelado, á la sazón embajador, y contrabalanceando los servicios reales hechos por el diplomático con la pequeña hostilidad que ejercía contra la familia imperial austriaca, halló en la Delfina un auxiliar decidido á perder algún día al señor príncipe de Rohán.

Ese odio fermentaba sordamente en la corte, y hacía difícil la posición del cardenal.

Cada vez que éste se presentaba á la reina, sufría esa glacial acogida de que hemos tratado de dar una idea.

Pero Luis de Rohán, superior al desdén, ya que en realidad fuese fuerte, ó ya porque un sentimiento irresistible le arrastrase á perdonárselo todo á su enemiga; no desperdiciaba ninguna ocasión de acercarse á María Antonieta, para lo que no le faltaban medios, pues era capellán mayor de la corte.

Jamás se había quejado, nunca se había franqueado con nadie. Un pequeño círculo de amigos, entre los que se distinguía el barón de Planta, oficial alemán, su confidente íntimo, le consolaba de los desaires reales, cuando no habían operado este feliz resultado las damas de la corte, las cuales no tomaban todas á la reina por modelo en cuanto á severidad con el cardenal.

Este acababa de atravesar como un espectro el risueño cuadro que pasaba por la imaginación de la reina. Así, apenas se alejó, cuando María Antonieta, volviendo á serenarse, dijo á la señorita princesa de Lamballe:

— ¿Sabéis que el rasgo de ese joven oficial, sobrino del señor bailío, es uno de los más notables de esta guerra? ¿Cómo se llama?

— Creo que M. de Charny, respondió la princesa; luego volviéndose hacia Andrea para preguntarle:

— ¿No es así, señorita de Taverney? dijo.

— Sí, señora, Charny, respondió Andrea.

— Es preciso, prosiguió la reina, que M. de Charny nos cuente á nosotras mismas ese episodio, sin omitirnos ningún detalle. ¡Que vayan á buscarle! ¿Sigue aquí?

Se destacó un oficial y se apresuró á ejecutar la orden de la reina.

En el mismo instante, como mirase en torno de sí, percibió á Felipe, é impaciente como siempre, le dijo:

— Señor de Taverney, id á ver.

Felipe se ruborizó; quizás pensaba que había debido prevenir el deseo de su soberana. De consiguiente se fué en busca de aquel bienaventurado oficial de que no había apartado la vista desde su presentación.

Por lo mismo le fué muy fácil dar con él.

Al cabo de un instante llegó M. de Charny entre los dos mensajeros de la reina.

Á su llegada se ensanchó el círculo, y entonces la reina pudo examinarle con más atención que le había sido posible la víspera.

Era un joven de 27 á 28 años, de talla derecha y delgada, anchos hombros y pierna perfecta. Su cara fina á la par que

dulce tomaba una expresión de energía singular cada vez que dilataba sus grandes ojos azules de mirada profunda, y, cosa pasmosa en un hombre que llegaba de las guerras de la India, tenía su cutis tan blanco como moreno era el de Felipe. Á su cuello, nervioso y de un dibujo admirable, llevaba una corbata de una blancura menos brillante que su hermosa piel.

Quando se acercó al grupo en cuyo centro estaba la reina, aun no había manifestado el menor indicio de conocer á la señorita de Taverney, ni tampoco á la reina.

Rodeado de oficiales que le hacían mil preguntas, á las que respondía cortesmente, parecía haber olvidado que hubiese allí un rey al que había tenido el honor de hablar, y una reina que le había mirado.

Esa urbanidad y esa reserva eran un motivo más para que le observase más detenidamente la reina, que era tan delicada sobre todo lo concierne al buen comportamiento.

No era sólo á los otros á quienes M. de Charny tenía razón en ocultar su sorpresa á la vista tan inesperada de la señora del fiacre; lo que echaba el colmo á su delicadeza era el dejar ignorar á ella misma, si posible era, que acababa de ser reconocida.

De consiguiente la mirada de Charny, conservando su naturalidad y cargada de una timidez de buen gusto, no se levantó hasta que la reina le dirigió la palabra.

— Señor de Charny, le dijo, estas señoras sienten el deseo, muy natural puesto que yo lo siento como ellas, de conocer todos los detalles del acontecimiento del navío; os ruego que nos los contéis.

— Señora, replicó el joven marino en medio de un profundo silencio, suplico á V. M., no por modestia sino por

humanidad, que os dignéis dispensarme de esa relación ; lo que yo he hecho como un teniente del *Severo*, lo han pensado hacer al mismo tiempo que yo diez oficiales camaradas míos ; yo lo ejecuté el primero, y no he tenido otro mérito. En cuanto á dar á lo que se hizo la importancia de una narración dirigida á S. M., no, señora ; es imposible, y vuestro gran corazón, y especialmente vuestro corazón real no puede menos de comprenderlo.

El comandante del *Severo* es un oficial valiente, que ese día tenía trastornada la cabeza. ¡ Ay, señora ! no todos los días es uno valiente, como habéis debido oírlo á los más esforzados. El comandante necesitaba diez minutos para serenarse ; nuestra determinación de no rendirnos excitó en él el arrepentimiento, y entonces recobró su valor, en términos que desde aquel momento fué el más valiente de todos nosotros. He ahí por qué suplico á V. M. que no exagere el mérito de mi acción, pues sería una circunstancia que abrumaría al pobre oficial que llora diariamente el olvido de un momento.

— ¡ Bien, bien ! dijo la reina enternecida y radiante de gozo, al oír el favorable murmullo que en torno de ella habían excitado las generosas palabras del joven oficial, bien, señor de Charny ; sois un hombre honrado ; ya os conocía por tal.

Al oír estas palabras, el oficial levantó la cabeza ; su cara se cubrió de un rubor enteramente juvenil, y su mirada iba de la reina á Andrea con una especie de espanto, pues temía la vista de aquella naturaleza tan generosa y tan temeraria en su generosidad.

En efecto, M. de Charny no estaba al fin de sus apuros.

— Porque, prosiguió la reina, es bueno que todos sepáis

que el señor de Charny, este joven oficial que desembarcó ayer, este desconocido, era ya muy conocido nuestro antes que nos le presentaran esta noche, y merece ser conocido y admirado de todas las mujeres.

Vióse que la reina iba á continuar, que iba á contar una historia en la que cada uno podía recoger algún pequeño escándalo, ó bien un secreto ; de consiguiente formaron círculo, todos prestaron oído atento y ahogaron la respiración.

— Figuraos, señoras, dijo la reina, que el señor de Charny es tan indulgente con las señoras como implacable con los ingleses. Me han referido una historia acerca de él, que os declaro de antemano le ha hecho el mayor honor en mi opinión.

— ¡ Oh ! señora... balbuceó el joven oficial.

Como se infiere, las palabras de la reina y la presencia de la persona á quien se dirigían no hicieron más que redoblar la curiosidad.

Todo el auditorio se sintió conmovido, y Charny, con la frente bañada de sudor, habría dado un año de su vida por hallarse aun en la India.

— He aquí el hecho, prosiguió la reina : dos señoras á quienes conozco, se habían retardado y se hallaban embarazadas en medio de una masa del pueblo, corriendo un riesgo grande y verdadero. En aquel momento pasaba el señor de Charny por casualidad, ó más bien por fortuna, separó el gentío, y aunque era difícil conocer el rango de las dos señoras, las tomó bajo su protección, y las acompañó hasta muy lejos, creo que á diez leguas de París.

— ¡ Oh ! V. M. exagera, dijo riendo Charny, tranquilizado con el sesgo que había tomado la narración.

— Vamos, pongamos cinco leguas y no hablemos más de eso, interrumpió el conde de Artois mezclándose de súbito en la conversación.

— Sean cinco leguas, hermano mío, dijo la reina; pero lo más hermoso y noble es que el señor de Charny ni siquiera trató de saber el nombre de las dos señoras á quienes habla hecho ese servicio; es que las dejó en el sitio que ellas le indicaron, y que se alejó sin volver la cabeza, de suerte que salieron de sus protectoras manos sin haber sido inquietadas un solo instante.

Pintóse la admiración en el rostro de todos, oyéronse repetidas exclamaciones, y M. de Charny fué cumplimentado por veinte mujeres á un tiempo.

— Es magnífico, ¿no es verdad? dijo la reina terminando. ¡No se habría comportado mejor un caballero de la Mesa Redonda!

— ¡Es soberbio! exclamaron todos en coro.

— Señor de Charny, prosiguió la reina, el rey se ocupa indudablemente de recompensar á vuestro tío el señor de Suffrén; yo, por mi parte, quisiera también hacer algo por el sobrino de ese gran hombre.

Diciendo esto le tendió la mano.

Y mientras que Charny, pálido de gozo, estampaba en ella sus labios, Felipe, pálido de dolor, se sepultaba entre las anchas cortinas del salón.

Andrea se puso también pálida, y sin embargo no podía adivinar todo lo que su hermano sufría.

La voz del señor conde de Artois interrumpió esta escena, que tan curiosa hubiera sido para un observador.

— ¡Ah, mi hermano de Provenza! dijo en voz alta. Llegad, señor, llegad: habéis perdido un hermoso espectáculo,

el recibimiento del señor de Suffrén: ha sido verdaderamente un momento que no olvidarán jamás los corazones franceses. ¿Cómo diablo habéis faltado, hermano mío, siendo el hombre exacto por excelencia?

El señor de Provenza se mordió los labios, saludó distraidamente á la reina y respondió una vulgaridad. Luego, volviéndose á M. de Favras, su capitán de guardias:

— ¿Cómo es que está ya en Versalles? le dijo.

— Monseñor, le respondió el capitán, hace una hora que me estoy devanando los sesos y aun no he podido descifrarlo.

CAPÍTULO XIII.

LOS CIENTO LUISES DE LA REINA

Ahora que nuestros lectores han podido renovar su conocimiento con los principales personajes de esta historia, ahora que los hemos introducido en la casita del conde de Artois, y en el palacio de Luis XVI en Versalles, vamos á conducirlos á esa casa de la calle de San Claudio en que la reina de Francia entró de incógnito y subió con Andrea de Taverney al cuarto piso.

Así que desapareció la reina, madama de La Motte contó y recontó llena de gozo, como hemos dicho, los cien luises que tan milagrosamente acababan de caerle del cielo.

Cincuenta hermosos dobles luises de á cuarenta y ocho libras que, extendidos sobre la pobre mesa y resplandecientes á los reflejos de la lámpara, parecían humillar con su presencia aristocrática los miserables muebles de todo aquel zaquizamí.

Después del placer de tener, madama de La Motte no tenía otro mayor que el de hacer ver lo que tenía; la posesión era nada para ella, si esa posesión no excitaba la envidia.

Hacia ya algún tiempo que le repugnaba el tener á su doncella por confidenta de su miseria, y de consiguiente se apresuró á hacerla confidenta de su fortuna.

Llamó pues á la señora Clotilde que había quedado en la antesala, y disponiendo hábilmente la luz de la lámpara para que resplandeciese el oro sobre la mesa, le dijo:

— ¿Clotilde?

La criada dió un paso dentro del cuarto.

— Acercaos aquí y mirad, dijo madama de La Motte.

— ¡Oh! señora... exclamó la vieja juntando las manos y alargando el cuello.

— ¿Estabais inquieta por vuestra soldada? dijo madama de La Motte.

— ¡Oh! señora, jamás he dicho una palabra de eso. ¡Diantre! he preguntado á la señora condesa cuando podría pagarme, y era muy natural que se lo preguntase no habiendo recibido nada en estos tres meses.

— ¿Creéis que hay aquí con que pagaros?

— ¡Jesús! señora, si fuese mío todo lo que hay ahí, sería rica para toda mi vida.

Madama de la Motte miró á la vieja encogiéndose de hombros con un movimiento de inexplicable desdén.

— Es una felicidad, dijo, que ciertas personas se acuerden del nombre que llevo, mientras que los que debieran acordarse lo olvidan.

— ¿Y en qué vais á emplear todo ese dinero? preguntó la señora Clotilde.

— ¡En todo!

— Primeramente lo que yo, señora, hallaría más importante sería, de mi opinión, el montar mi cocina, porque ahora que tenéis dinero daréis algunas comidas, ¿no es verdad?

— ¡ Chut ! hizo madama de La Motte. ¡ Están llamando !
— La señora se equivoca, dijo la vieja, siempre económica de sus pasos.

— Os digo que llaman.

— ¡ Oh ! aseguro á la señora...

— ¡ Id á ver !...

— No he oído nada.

— Sí, como hace un momento; entonces tampoco habíais oído: ¿ y qué tal si las dos señoras se hubiesen marchado sin entrar ?

Esta razón pareció convincente á la señora Clotilde, la cual se encaminó á la puerta.

— ¿ Oís, ahora ? exclamó madama de La Motte.

— ¡ Ah ! es verdad, dijo la vieja ; voy allá, voy allá.

Madama de La Motte se apresuró á recoger y meter en un cajón de la mesa los cincuenta dobles luises, y murmuró al cerrar el cajón :

— ¡ Vamos, Providencia ! ¡ Otros cien luises más !

Y pronunció estas palabras con una expresión de escéptica avidez que habría hecho sonreír á Voltaire.

En este intermedio se abrió la puerta del descanso de la escalera, y se oyó en la primera pieza el paso de un hombre, quien cambió con la señora Clotilde algunas palabras sin que la condesa pudiese penetrar su sentido.

Luego se cerró de nuevo la puerta, se perdieron en la escalera los pasos, y la vieja volvió con una carta en la mano.

— ¡ Tomad ! dijo entregando la carta á su ama.

La condesa examinó atentamente la letra, el sobre y el sello, y luego, levantando la cabeza, dijo :

— ¿ La ha traído un criado ?

— Sí, señora.

— ¿ Con qué librea ?

— No traía librea.

— ¿ Luego era un *grisón* ?

— Sí.

— Yo conozco estas armas, repuso madama de La Motte dando una nueva ojeada al sello. Luego, acercándolo á la lámpara, añadió:

— ¡ Gules con macles de oro ! ¿ Quién es el que lleva gules con nueve macles de oro ?

Y recapitó un momento, pero inútilmente.

— En todo caso veamos el contenido de la carta, murmuró.

Y abriéndola cuidadosamente para no estropear el sello, leyó :

« Señora, la persona á quien habéis dirigido una solicitud podrá veros mañana por la noche, si os agrada abrirle vuestra puerta. »

— ¡ Y no dice más !

La condesa hizo un nuevo esfuerzo de memoria.

— ¡ He escrito á tantas personas ! dijo. Reflexionemos un poco... ¿ á quién he escrito ?...

— Á todo el mundo.

— ¿ Es un hombre ó una mujer quien me responde ?

— La letra no dice nada... es insignificante... una verdadera letra de secretario.

— ¿ Este estilo ?... Estilo de protector... lacónico y antiguo.

Luego repitió :

« La persona á quien habéis dirigido una solicitud. »

— Esta frase tiene humos de ser humillante. No cabe duda, es de una mujer.

Y prosiguió :

..... Vendrá mañana por la noche si os agrada abrirle vuestra puerta. »

Una mujer habría dicho: Os aguardará mañana por la noche.

— Es de un hombre.

— Y sin embargo, esas señoras de ayer se han presentado ellas á pesar de ser unas señoras de alto rango.

— No hay firma...

— ¿ Pero quién lleva gules con nueve macles de oro ?

— ¡ Oh ! exclamó. ¿ Dónde tengo la cabeza ? Los Rohán, ¡ pardiez !

— Sí, he escrito á M. de Guemené y á M. de Rohán, y, como es natural, me responde uno de ellos.

— Pero el escudo de armas no está dividido en cuarteles ; la carta es del cardenal.

— ¡ Ah ! el cardenal de Rohán, ese hombre galante, ese petimetre, ese ambicioso, vendrá á ver á madama de La Motte, si madama de La Motte le abre su puerta.

— ¡ Bueno ! ¡ Que pierda cuidado, que ya se le abrirá la puerta !

— ¿ Y cuándo ? Mañana por la noche.

Dicho esto se puso á pensar.

— Una dama de Caridad que da cien luises puede ser recibida en una buhardilla ; puede helarse sobre los fríos ladrillos, sufrir mis sillas, duras como la parrilla de San Lorenzo menos el fuego ; pero ¡ un príncipe de la Iglesia, un hombre de retrete, un señor de los corazones ! No, no ; la mujer á quien semejante prelado visite, necesita más lujo que el de ciertos ricos.

Luego volviéndose hacia la criada que acababa de arreglar su cama, le dijo :

— Hasta mañana, señora Ctotilde ; no olvidéis el despertarme temprano.

Y dicho esto, la condesa, sin duda para meditar más á sus anchuras, hizo seña á la vieja de que la dejase sola.

La señora Clotilde avivó el fuego que habían cubierto de ceniza para dar al aposento un aspecto más miserable, cerró la puerta y se retiró al tabuquito donde dormía.

Juana de Valois, en lugar de dormir, pasó toda la noche formando sus planes. Tomó sus notas con lápiz á la luz de la lamparilla ; luego, á eso de las tres de la mañana, segura del buen éxito del día siguiente, se entregó á un reposo de que la señora Clotilde, que no había dormido mucho más que ella, fué á sacarla al rayar el alba, cumpliendo fielmente con su recomendación.

Á eso de las ocho, había terminado su prendido, compuesto de un vestido de seda elegante y de un peinado lleno de gusto.

Calzada á la vez como gran señora y como mujer linda, el lunarcito sobre la mejilla izquierda, y el puño bordado militarmente, envió á buscar una especie de carretón al sitio donde se hallaba esa especie de locomotiva, es decir, á la calle de Pont-aux-Choux.

Habría preferido una silla de manos, pero hubiera sido preciso ir á buscarla demasiado lejos.

El carricoche, tirado por un robusto auverniano, recibió orden de apéar á la señora condesa en la plaza Real, donde, bajo las arcadas del Mediodía, en un piso bajo de un antiguo hotel abandonado, vivía maese Fingret, tapicero decorador, que vendía y alquilaba muebles de lance y otros por precio más moderado.

El auverniano trasportó rápidamente á su parroquiana desde la calle de San Claudio hasta la plaza Real.

Diez minutos después de su salida, la condesa entraba en los almacenes de maese Fingret, donde la hallaremos al momento admirando y escogiendo en una especie de pandemonium que vamos á tratar de bosquejar.

Figúrese el lector unas cocheras como de unos cincuenta pies de largo y treinta de ancho, con una elevación de diez y siete; en las paredes todas las alfombras del reinado de Enrique IV y Luis XIII; en los techos, disimulados por el número de los objetos suspendidos, las arañas con girándulas del siglo xvii, tropezando con los lagartos empajados, las lámparas de iglesia y los pescados volantes.

En el suelo tapices y estereras amontonadas, muebles de columnas retorcidas, y de pies cuadrados, aparadores de encina esculpida, veladores á lo Luis XV, con pies dorados, sofás cubiertos de damasco color de rosa ó de terciopelo de Utrecht, camas de descanso, anchos sillones de cuero como los que gustaban á Sully, armarios de ébano con tableros de relieve y varillas de cobre, mesas de Boule con esmaltes ó porcelanas, juegos de tablas reales, tocadores enteramente guarnecidos, cómodas con embutidos figurando instrumentos ó flores.

Camas de palo de rosa ó de encina con estrados ó baldaquinos, cortinas de todas formas, de todos dibujos y telas, envueltas, confundidas y casadas en las penumbras de la cochera.

Clavicordios, espinetas, arpas y sistros sobre un velador; y el perro Marlborough empajado con ojos de esmalte.

Luego toda clase de ropa blanca; vestidos de mujer colgados al lado de casacas de terciopelo, empuñaduras de acero, de plata y de nácar.

Candelabros, retratos de antepasados, pinturas á la aguada, grabados con sus marcos y todas las imitaciones de Vernet, á la sazón en boga, de ese Vernet á quien la reina decía con tanta gracia y agudeza:

— Decididamente, M. Vernet, no hay más que vos en Francia para hacer la lluvia y el buen tiempo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XIV.

MAESE FINGRET.

Tales eran los objetos que seducían la vista, y de consiguiente la imaginación de las personas de escasa fortuna, en los almacenes de maese Fingret, plaza Real.

La muestra decía lealmente todas las mercancías que no eran nuevas, pero que, reunidas, se hacían valer recíprocamente y acababan por representar un total mucho más considerable de lo que hubieran exigido los compradores más desdeñosos.

Una vez admitida madama de La Motte á considerar todas aquellas riquezas, solo entonces se hizo cargo de lo que faltaba en la calle de San Claudio.

Faltábale un salón que pudiese contener sofá y sillones.

Un comedor capaz de contener armarios, vasares y aparadores.

Un retrete para contener cortinas, persianas, veladores y biombos.

Y por último, aun cuando tuviese salón, comedor y retrete, faltábele el dinero para tener los muebles con que debía adornarse ese nuevo aposento.

Pero con los tapiceros de París ha habido en todas épocas transacciones fáciles, y jamás hemos oído decir que una mujer joven y linda se haya muerto en el umbral de una puerta que ella no hubiese podido hacerse abrir.

En París, lo que no se compra se alquila, y los inquilinos de aposentos amueblados son los inventores del proverbio: ver es tener.

Madama de La Motte, esperando en la posibilidad de un alquiler, después de tomar sus medidas, se fijó en ciertos muebles de seda pajiza con botones dorados que le agradaron á la primera ojeada. Madama de La Motte era morena.

Pero esos muebles, compuestos de diez piezas, no podían absolutamente caber en el cuarto piso de la calle de San Claudio.

Para arreglarlo todo, era preciso alquilar el tercer piso, que se componía de una antesala, un comedor, un saloncito y un cuarto de dormir.

De manera que se recibirían en el tercer piso las limosnas de los cardenales, y en el cuarto las de los establecimientos de caridad; es decir, en el lujo las limosnas de los que ejercen la caridad por ostentación, y en la miseria las ofrendas de las personas de preocupaciones que no gustan de dar á los que no tienen necesidad de recibir.

Tomando de este modo su partido, la condesa volvió la vista hacia el lado oscuro de la cochera, esto es, hacia donde los muebles ricos se presentaban más espléndidos, hacia el lado de la cristalería, de los dorados y los espejos

y vió allí, con el gorro en la mano, con un aire impaciente y la sonrisa un poco ladina, una figura de ricacho parisiense que estaba dando vueltas á una llave en los dos dedos índices de sus manos unidos uno á otro por la punta de las uñas.

Aquel digno inspector de las mercancías de lance no era otro que maese Fingret, á quien sus amanuenses habían anunciado la visita de una bella señora que había ido en carricoche.

En el patio se podía ver á los mismos amanuenses con vestidos cortos y estrechos de sayal y camelote, con sus pantorrillas al aire con unas medias algo agujereadas, los cuales se ocupaban en reparar los muebles menos viejos, ó por decir mejor, en destripar sofás, sillones y cojines antiguos para sacar la cerda y la pluma que debían servir para rellenar á sus sucesores.

Éste cardaba la cerda, la mezclaba generosamente con estopas y rellenaba un nuevo mueble; aquél lavaba con lejía los sillones que se hallaban en buen estado; estotro planchaba las telas limpiadas con jabones aromáticos, y con todos esos nuevos ingredientes se componían los muebles de lance tan hermosos que en aquel momento excitaban la admiración de madama de La Motte.

Percibiendo maese Fingret que su parroquiana podía ver las operaciones de sus amanuenses y formar una opinión menos favorable de lo que convenía á sus intereses, cerró una puerta vidriera que daba al patio temiendo, dijo, que el polvo cegase á la señora...

Y al decir señora... se detuvo como quien hace una interrogación.

— La señora condesa de La Motte Valois, añadió Juana con negligencia.

Al oír este título tan campanudo, maese Fingret separó las uñas de sus índices, metió la llave en el bolsillo y se acercó diciendo:

— ¡Oh! aquí no hay nada que pueda conveniros. Tengo cosas nuevas, bellas, magníficas. No se figure la señora condesa, porque está en la plaza Real, que la casa Fingret no tiene muebles tan excelentes como el tapicero del rey.

Dejad todo esto, señora, si tenéis á bien, y vamos á ver en el otro almacén.

Juana se ruborizó.

Todo lo que había visto hasta entonces le parecía hermoso, y tan hermoso que ni aun esperaba adquirirlo.

Lisonjeada sin duda por el juicio tan favorable que de ella había formado M. Fingret, no podía menos de temer que la juzgase con demasiada ventaja; por lo que maldijo su orgullo, sintiendo no haberse anunciado como una simple señora.

Pero quien tiene talento sabe salir bien de cualquier apuro.

— Nada de nuevo, amigo, no quiero nada de nuevo, dijo.

— Sin duda madama tiene que amueblar algunos aposentos de amigos.

— Eso es, un aposento de amigo. Y ya comprenderéis que el aposento de un amigo...

— Á las mil maravillas. Madama no tiene más que escoger, replicó Fingret, astuto como un chalan de París, que no tiene amor propio en vender de lo nuevo más bien que de lo viejo, siempre que pueda sacar igual ganancia de uno que de otro.

— ¿Este pequeño juego con botones dorados, por ejemplo? preguntó la condesa.

— ¡Oh! es muy poca cosa, señora; no hay más que diez piezas.

- Es que el aposento es mediano, repuso la condesa.
- Como lo puede ver madama, es enteramente nuevo.
- Nuevo... para de lance.
- Sin duda, dijo maese Fingret riendo: pero, en fin, tal como es vale ochocientos francos.

Este precio hizo estremecer á la condesa; porque ¿cómo confesar que la heredera de los Valois se contentaba con unos muebles de lance, pero que no los podía pagar en ochocientos francos?

Así, tomó el partido de hacerse la enfadada.

— ¡Pero no se os habla de comprar! exclamó. ¿Cómo suponéis que vaya yo á comprar estos vejestorios? No se trata más que de alquilar, y aun...

Fingret se puso de hocico, pues su parroquiana iba perdiendo insensiblemente de su valor, ya que no se trataba de vender ni muebles nuevos, ni aun de ocasión, sino de alquilar.

— Desearíais tomar todo este juego de botones dorados, dijo, ¿es por un año?

— No; por un mes. Tengo que amueblar el cuarto de uno que llega de provincia.

— Costará cien libras al mes, dijo maese Fingret.

— Supongo que os chanceais, caballero, porque á ese cálculo, al cabo de ocho meses tendría pagados estos muebles y serían míos.

— Convengo en ello, señora condesa.

— Y bien, ¿entonces?

— Entonces, señora, si fuesen vuestros, no serían ya míos; y de consiguiente no tendría que ocuparme en hacerlos reparar y renovar, operaciones que cuestan mucho.

Madama de La Motte reflexionó.

— Cien libras mensuales es mucho, dijo para sí; pero es preciso discurrir; ó es demasiado caro en un mes, y entonces devuelvo los muebles dejando una grande opinión al tapicero, ó dentro de un mes puedo encargar unos muebles nuevos. Yo pensaba emplear de quinientas á seiscientas libras, hagamos las cosas en grande: gastemos cien escudos.

— Me quedo con este juego de botones dorados para un salón, con todas las cortinas iguales, dijo en voz alta.

— Bien está, señora.

— ¿Y los tapices?

— Hélos aquí.

— ¿Y qué me daréis para otro cuarto?

— Estas banquetas verdes, este armario de encina, esta mesa de pies retorcidos, y cortinas de damasco verde.

— Muy bien; ¿y para un cuarto de dormir?

— Una cama ancha y hermosa, con excelente ropa, una colcha de terciopelo bordado de color de rosa y plata, cortinas azules; guarnición de chimenea un poco gótica, pero de un rico dorado.

— ¿Y tocador?

— Uno con encajes de Malines. Miradlos, señora. Cómoda de unos embutidos primorosos, ropero de viejo por el mismo estilo, sotá de tapicería con sillas de la misma clase, y un elegante juego de candelabros y utensilios de chimenea que es el que tenía en su cuarto de dormir en Choisy madama de Pompadour.

— ¿Y en cuánto todo eso?

— ¿Por un mes?

— Sí.

— En cuatrocientas libras.

— Vamos, señor Fingret; os ruego que no me toméis por una mujer cualquiera, pues á las personas de mi calidad no se las embauca con hojarasca. Reflexionad, si os parece, que cuatrocientas libras al mes equivalen á cuatro mil ochocientas al año, y que por ese precio puedo tener todo un hotel amueblado.

Maese Fingret se rascó la oreja.

— Me hacéis coger repugnancia á la plaza Real, prosiguió la condesa.

— Tendría en ello el mayor pesar, señora.

— Probadlo. Yo no doy más que cien escudos por todos esos muebles.

Juana pronunció estas últimas palabras con tal autoridad, que el chalán volvió á pensar en el porvenir.

— Admito, señora, dijo.

— Y eso con una condición, maese Fingret.

— ¿Qué condición, señora?

— La de que todo ha de estar puesto y arreglado en el aposento que os indicaré, de aquí á tres horas.

— Son las diez, señora; reflexionadlo bien, pues están dando las diez.

— ¿Queda convenido, sí ó no?

— ¿Adónde hay que ir, señora?

— Á la calle de San Claudio en el Marais.

— ¿Á dos pasos?

— Precisamente.

El tapicero abrió la puerta del patio y se puso á gritar: Silvano, Landry, Remigio! Acudieron tres de los aprendices, locos de contentos por tener un pretexto para interrumpir su faena y ver á la bella señora.

— ¡Las angarillas, señores, y las carretas de mano!

— Remigio, te encargarás de los muebles de botón dorado; tú, Silvano, llevarás en la carreta de mano los de la antesala; y tú, que eres más cuidadoso, llevarás los del cuarto de dormir.

— Extendamos la factura, señora, y si tenéis á bien, firmaré el recibo.

— Ahí tenéis seis dobles luses, dijo la condesa; y además un luis sencillo, dadme la vuelta.

— Aquí están seis escudos de seis libras, señora.

— De los que daré uno á estos señores, si desempeñan bien su comisión, respondió la condesa.

Y después de dar las señas de su casa, se volvió á su simón.

Al cabo de una hora, tenía ya alquilado el aposento del tercer piso, y no habían trascurrido otras dos cuando se estaban ya amueblando y tapizando simultaneamente el salón, la antesala y el cuarto de dormir.

Con la diferencia de diez minutos, Landry, Remigio y Silvano se ganaron el escudo de seis libras.

Trasformado así el aposento, limpiados los cristales y guarnecidas las chimeneas, Juana se puso á su tocador y saboreó la dicha dos horas, la dicha de pisar una buena alfombra, de tener en torno suyo la repercusión de una atmósfera caliente sobre paredes acolchadas, y de respirar el perfume de los alhelfes que bañaban alegres su tallo en jarrones del Japón, y su cabeza en la tibia atmósfera del aposento.

Maese Fingret no había olvidado los brazos dorados en que se colocan las bujías; espejos en ambas paredes, arañas con girándulas de cristal que, bajo la luz de las bujías, toman todos los colores del Iris.

Candelabros, jarrones, bujías, flores, rosas perfumadas, todo lo empleó Juana en embellecer el paraíso que destinaba á Su Excelencia.

Hasta tuvo cuidado de que la puerta del cuarto de dormir, coquetamente entreabierta, dejase ver un hermoso fuego suave y bien encendido, á cuyos reflejos relucían los pies de los sillones, la madera de la cama y los morillos de madama de Pompadour, formados de unas cabezas de Quimeras sobre las que se había posado el hechicero pie de la marquesa.

Esa coquetería de Juana no se limitaba á esto solo.

Si el fuego revelaba el interior de aquel hermoso cuarto, si los perfumes revelaban la mujer, esta revelaba una raza, una hermosura, un talento y un gusto dignos de un Eminencia.

Juana puso tanto esmero en su prendido, que M. de La Motte, su marido ausente, le habría pedido cuenta de él.

La mujer se mostró digna del aposento y de los muebles alquilados por maese Fingret.

Después de tomar un alimento ligero á fin de tener toda su presencia de ánimo y conservar su palidez elegante, Juana se sepultó en un gran sillón cerca de la chimenea, en el cuarto de dormir, y aguardó con un libro en la mano, una babucha sobre un taburete, y escuchando á la vez los golpes de la péndola y el ruido lejano de los carruajes que turbaban de raro en raro la tranquilidad del desierto del Marais.

Aguardó. El reloj dió las nueve, las diez, las once, y nadie vino, ni en coche, ni á pie.

¡Las once!... Sin embargo es la hora de los prelados galantes que han aguzado su caridad en una comida del arrabal, y que, no teniendo su coche que dar más de veinte

vueltas para entrar en la calle de San Claudio, se vanaglorian de ser humanos, filantrópicos y religiosos á tan poca costa.

Sonaron lúgubrementé las doce en el reloj de las Hijas del Calvario.

¡Ni prelado, ni coche! Las bujías principiaban á palidecer, y algunas invadían en diáfanas capas sus páteras de cobre dorado.

El fuego, renovado con suspiros, se había trasformado en brasa, y luego en ceniza. En ambas piezas hacía un calor africano.

La vieja criada, que se había engalanado, gruñía sintiendo su gorro con cintas pretenciosas, cuyos lazos, inclinándose con su cabeza cuando se quedaba dormida delante de su bujía en la antesala, no se levantaban intactos, ora de los besos de la llama, ora de los ultrajes de la cera derretida.

Al dar las doce y media, Juana se levantó furiosa de su sillón, que había dejado más de cien veces durante la noche, para abrir la ventana y zambullir su mirada en las profundidades de la calle.

El barrio estaba tranquilo y sosegado como antes de la creación del mundo.

Mandó desnudarla; no quiso cenar, y despidió á la vieja cuyas preguntas principiaban á importunarla.

Y sola, en medio de sus colgaduras de seda, bajo sus hermosas cortinas, no durmió mejor que la víspera, porque la víspera su insomnio era más feliz, puesto que nacía de la esperanza.

Sin embargo, á fuerza de revolverse, de atormentarse y enfurecerse contra su mala suerte, Juana halló una disculpa al cardenal.

Primeramente halló esta : que era cardenal, capellán mayor, que tenía mil negocios inquietantes, y de consiguiente más importantes que una visita en la calle de San Claudio.

Luego halló esta otra : que no conocía á la condesita de Valois, excusa muy consoladora para Juana. ¡ Oh ! de seguro no se habría consolado, si el señor de Rohán hubiese faltado á su palabra después de una primera visita.

Esta razón que Juana se daba á sí misma, necesitaba una prueba para parecer enteramente buena.

Juana no pudo resistir ; saltó de la cama, envuelta como estaba en su peinador, encendió las bujías á la lamparilla, y se estuvo mirando largo rato al espejo.

Hecho este examen, se sonrió, apagó las bujías y se volvió á la cama : la excusa era buena.

CAPÍTULO XV.

EL CARDENAL DE ROHÁN.

Al día siguiente, Juana, sin desalentarse, volvió al arreglo de su aposento y de su prendido.

El espejo la había convencido de que M. de Rohán debió venir á poco que hubiese oído hablar de ella.

Las siete daban, y el fuego del salón ardía con todo su brillo, cuando rodó un carruaje por la bajada de la calle de San Claudio.

Juana no había tenido aun tiempo para asomarse á la ventana é impacientarse.

De aquella carroza se apeó un hombre envuelto en un levitón, y luego, habiéndose cerrado tras de ese hombre la puerta de la casa, se fué la carroza á una pequeña calle inmediata á aguardar la vuelta de su dueño.

Bien pronto resonó la campanilla, y el corazón de madama de La Motte comenzó á latir tan fuertemente que se le podía oír.